

Xavier Franquesa

Mentir es un instante

ediciones del
subsuelo
Barcelona 2020

© Xavier Franquesa 2020

© Del posfacio, Rosa Roca Romalde 2020

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2020**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-9-5

Depósito legal: B 19438-2020

Imagen de la cubierta: Xavier Franquesa

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

La vida de los espejos	13
Éxtasis en Soria	33
Lo desagradable	45
Un juez desenfrenado	63
De blonda y lencería	87
Una sonata	101
Amor eterno	117
Muerte al teléfono	145
Transbordo en Lorimer	163
Poesía y delirio	179
El Ártico se derrite	197
Macbeth y Schwarzenegger	215
La caída	233
El cine de Jonas Winnicott	253
Posfacio de Rosa Roca Romalde	277

Mentir es un instante; supone el valor de la
decisión, la voluntad de ocultar esa verdad
que siempre se nos escapa.

A Mercè Llopart Saura

LA VIDA DE LOS ESPEJOS

La mimesis no entiende de fidelidades, es oblicua.
Con prudencia señala las limitaciones del habla y,
al tiempo, el parentesco inherente entre los signos.

Para Adrià

Primavera del cincuenta y dos. Un ómnibus de línea se dirige a Viella a cierta velocidad. Se ha detenido antes en Gerri de la Sal, en Baró y en Sort para recoger a un buen número de usuarios, casi todos con destino a la Vall d'Aran. Lleva retraso, mucho retraso, y el conductor, hombre regordete y vivaracho, quiere recuperar algo del tiempo perdido al salir tarde de La Pobla de Segur, un contratiempo debido a una avería inoportuna que no se detectó con la debida antelación al finalizar el trayecto de regreso el día anterior. Imperdonable el descuido de José Ángel al estacionar el vehículo en la cochera. Sin este descuido, la reparación del delco podría haberse realizado en la tarde noche del martes, como era preceptivo, por el personal de mantenimiento de la compañía. No importa, se reparó por la mañana, pero ahora va con cuarenta minutos de retraso y hay gente que espera para ir al trabajo. Cipriano, el chófer, se acerca, algo nervioso, a una curva peligrosa sobre un puente, un puente que conoce muy bien,

pero que ahora lo coge desprevenido mirando por el retrovisor un turismo que quiere adelantar, sin tiempo, desde luego: «¿Qué hace ese burro?». Frena. Un volantazo y el autocar golpea el pretil de la izquierda, lo destroza y se precipita lentamente en el embalse. Por un momento, Cipriano pudo verse reflejado en el agua; le dio tiempo.

Para no apearnos ahora del cuento, tan pronto y sólo transcribiendo la noticia, quisiera apuntar, desde el comienzo, la dificultad que supuso para Cipriano atender a dos espejos a la vez, algo casi imposible si se piensa detenidamente: aquel día de primavera, aquella mañana en particular. Serían poco más de las ocho y media y la luz escaseaba en el fondo de la hondonada, encajonando en un féretro rocoso la cola del embalse. En aquel punto, el barranco se estrecha, se diría que más de la cuenta, y la carretera reptaba sin orejas, a tientas casi, persiguiendo una salida: una culebra sin ojos al acecho del desayuno. Debajo, el agua turbia y oscura esperaba pacientemente tragarse el autocar; paciente porque sólo la tensión en la superficie la acercaba al espejo; oscura debido a que todo espejo tiene un fondo para no repetirse infinitamente en su mismidad. Al otro espejo se le suele llamar retrovisor, y en el caso del MAN que en aquella ocasión conducía Cipriano se hallaba en el exterior, junto a la ventanilla, a su izquierda, sujeto a una gruesa barra metálica que orienta la mirada del chófer y da consistencia a la conducción de treinta y dos incómodos asientos que a menudo se mueven sobre cuatro ruedas. El espejo era grande, lo suficiente para que el conductor pudiera comprender que el paisaje se queda atrás merced al impulso de la máquina, pero que siempre hay que añadirlo al que aparece de manera continua al mirar al frente, un re-

cordatorio de memoria casi inconsciente, pues pasar página se suele hacer de manera automática y no da tiempo a juzgar si sería o no conveniente volver a las andadas. Además, iba con retraso y sin tiempo para ejercitarla no hay memoria que valga, dispuesta a interrumpir ese adelanto sobre el instante presente que se mueve siempre sin querer y que el motor festeja cambiando de ruido al menor titubeo, como si el freno no fuera necesario; aunque a veces puede ser conveniente dejar que el reloj se adelante, si se tiene en cuenta que, al conducir, la vida está en juego y no circula en línea recta.

¡Qué incómodos debieron de ser para Cipriano los momentos previos al accidente! Como decía al comienzo, se acercaba por detrás un Chevrolet Fleetmaster Woody, familiar, tipo rubia, y el conductor del turismo, anticipándose a un tramo sinuoso repleto de curvas, quiso adelantar —a Cipriano le pareció una temeridad—, aproximarse al autocar para que este le cediera el paso arrimándose a su derecha. No queda claro cómo se comunican dos vehículos en marcha, pero ante la imposibilidad de dialogar, de que el conductor del Chevrolet pudiera informar amablemente a Cipriano de que también él tenía prisa, que lo esperaban urgentemente en Espot antes de las nueve, sólo cabían las intermitentes exclamaciones previstas en el claxon, interjecciones a lo sumo que sin el amable concurso de una traducción prevista, en ausencia de convenio, admiten como solución provisional un mensaje cualquiera; definitiva también, porque en casos semejantes la interpretación es bien recibida y si no ayuda a comprender lo que se dice, al menos siempre llama la atención. Sin que pueda decirse que fuera una casualidad —de no ser el Chevrolet pudo ser un automóvil cualquiera—, los dos conducto-

res llegaban al mismo tiempo al recodo donde cabe situar el puente del siniestro, el del atolladero —así lo llaman los vecinos de la comarca que en trayecto ascendente circulan desde Sort al Port de la Bonaigua—. La recta anterior no era muy larga y, siendo así, para dejar pasar al turismo, Cipriano tenía que echar pie al freno y apearse el autocar en la cuneta. En un día como aquel —como he dicho el retraso era excesivo y los usuarios del transporte llegaban tarde a su destino—, aquello era pedir la luna, de modo que, convencido de que lo mejor era no darse por aludido, hacer oídos sordos a lo que en su opinión no era sino una impertinencia, el buen hombre se enzarzó con el volante y lo apretó con las manos como si quisiera atornillararlo al chasis del vetusto y voluminoso vehículo, sin darse cuenta de que esa acción de autoafirmación, a falta de otras explicaciones, restaba agilidad, o entorpecía por completo su voluntad de encarar con eficacia la estrecha carretera entre los dos pretilos.

Sin duda el grito le salió del alma, eso que nunca se dice por decir, y el ¿Qué hace ese burro? puso en vilo a los ocupantes de las seis filas de asientos habilitadas en el autocar, los mismos y sus ocupantes que a su espalda ignoraban por completo el apuro. Además, el grito confirmaba lo que todos sabemos, que ciertos automatismos verbales perturban no sólo la inteligencia sino incluso los reflejos, y como en aquel momento el tráfico entre ambos no era ni mucho menos fluido para el chófer del autocar, imitando sin duda lo accidentado de la carretera, la tozudez de Cipriano se cebó sobre sí misma, o sobre el autocar, que marró la curva por completo ocasionando como consecuencia el serio accidente que ahora nos ocupa. Constatar tiempo después el error, la obcecación del

conductor del ómnibus aquella mañana de primavera, no ofrece dificultad si se tiene en cuenta que no hay razones para pensar lo contrario, y menos todavía en la presente circunstancia, cuando el pensamiento reflexivo ni siquiera existe —no hay constancia de que se presentara— y el puente le llegó al pobre Cipriano sin avisar. Tampoco hay evidencia de que tal reflexión se ocultara bajo la calva del protagonista, entre ceja y ceja dándole que pensar, por lo que nuestro chófer, muy seguro de sí mismo en aquella ocasión, se negó a ceder el paso a la rubia Chevrolet. Téngase en cuenta que los reflejos son muy tercos, viajan a toda velocidad y no admiten el retraso que implica perder el tiempo si previamente hay que nombrarlos, y menos aún enzarzarse en un diálogo de sordos con desconocidos que, abusando incluso del claxon, nadie nos ha presentado.

Imposible que Cipriano pensara todo eso en tres segundos; por consiguiente, si no lo pensó, o no pudo pensarlo, es que no ocurrió, porque de haber ocurrido yo no hubiera podido inventarme el argumento sin faltar gravemente a la verdad, a esa verdad que poco tiene que ver con la literaria si se exceptúa la homonimia: idéntica etiqueta, un riesgo que no acostumbra a cubrir seguro alguno en caso de que el usuario se equivoque o se confunda. ¿Se lo inventó el espejo? Escribir lleva tiempo y eso sume a menudo al autor de una historia en la incertidumbre de mantenerse en sus trece, o en sus convicciones, al verse obligado a dar con una explicación sobre determinados hechos y acontecimientos que distan mucho de ser como los cuenta. Pero por algo había que empezar, dado que las evidencias cambian de aspecto y de nombre con suma facilidad. En eso estarán ustedes de acuerdo conmigo.

Aceptemos que no hubo pensamiento, que el instinto se apoderó del instante sin pensárselo dos veces, y que tan breve lapso de tiempo carece de historia, de tal modo que se nos presenta sin explicación. Pues bien, de ahí a negar las evidencias sólo hay un paso: cerrar los ojos a la funesta imagen de ver cómo pocas horas más tarde una pesada grúa tiraba del autocar hasta sacarlo de las profundidades del pantano. Prestemos pues, lo creo oportuno, un poco de atención a quienes lo vieron todo de primera mano y pueden explicarnos lo que de veras sucedió. El Chevrolet viajaba detrás del autocar a unos ochenta kilómetros por hora, a tan sólo unos cien metros de la curva, velocidad a todas luces excesiva que puede quizá comprenderse porque la rubia aprovechaba un corto trayecto en línea recta con suficiente visibilidad, uno de los pocos en aquella parte del trazado; nadie cruzaba el puente en dirección contraria y toda vez que el autocar disminuía en aquel punto la marcha, por pura precaución, Modesto, su conductor, creyó oportuno advertir a Cipriano que se disponía a adelantar. Modesto y Cipriano no se conocían, por casualidad coincidieron cerca del puente a eso de las ocho y media de la mañana de aquel día de primavera, pero el primero sí tuvo tiempo de pensar si había espacio suficiente para adelantar, y mientras se acercaba a la trasera del ómnibus, del MAN rojo y blanco uniformado con los colores de la compañía, comprendió a la perfección que Cipriano le cedía el paso, que reducía las revoluciones del motor y, pisando el embrague dos veces, acelerando entre las dos, introducía la segunda marcha, de modo que el autocar casi se detuvo. Fue él, Modesto, quien al pasar hizo sonar el claxon como reclamo, en señal de agradecimiento, y sacando la mano por la venta-

nilla saludó al conductor del MAN. Este devolvió el saludo y prosiguió el camino hacia La Guingueta, hacia su siguiente parada quiero decir, lugar en el que debía apearse doña Herminia.

Lo que vio Modesto se compadece mal con lo que hasta ahora les contaba, y eso me lleva a pensar, a mí que no soy responsable de los hechos, a mí que no voy conduciendo un automóvil camino del Port de la Bonaigua, que las palabras soportan con pésimo talante no ceñirse a todo cuanto ocurre a nuestro alrededor y que, por lo tanto, con frecuencia no coinciden con aquello que puede articularse por su mediación. No veo humildad por su parte, en absoluto, y empujan siempre hacia adelante a fin de concluir, de terminar una frase o aquel discurso que acoge a más de una, eso siempre, abusando de conjeturas que, no obstante, aparecen ciertas por ser gramaticalmente correctas; y no repetiré otra vez en sí mismas, porque es una obviedad. Vaya por delante mi disculpa. Son muchos los que mienten al ocuparse de la ficción y se lo inventan todo, o buena parte al menos, sin que echarles la culpa sea correcto ni educado. En contrapartida, lo digo por testarudez, basta con que algo se escriba bien, que se encierre con pulcritud en un enunciado ingenioso, abusando del sentido común, para que la credibilidad se vea reconfortada con imágenes en las que el lector confía y que luego todo el mundo recuerda: «El autocar no llegó a tocar el agua, cayó del puente con lentitud, con la sombra pegada bajo las ruedas, majestuosamente y de forma parecida a como se mueven las nubes cuando oscurecen el paisaje, densas y amenazadoras, pero con mayor voluntad de pegarse al terreno, en el caso del autocar, y de quedarse allí para siempre». Una descripción de

estas características —la leí en el periódico— contradice mi anterior afirmación de que Cipriano vio su rostro reflejado en el agua del embalse mientras el pesado ómnibus se despeñaba desde el puente, pero tal explicación es muy creíble y supone, a mi parecer, una nota pintoresca que ameniza la escena, muy dramática ya de por sí, al darle al repentino descenso la consistencia necesaria para vincular el antes y el después, sin la cual la historia bien podría resultar muy corta, poco más de lo expuesto en el primer párrafo de este relato, siguiendo el estilo franco y directo de un gacetillero de sucesos.

Le pregunté pues a doña Herminia —recuerden que su obligación era apearse en La Guingueta— a qué hora se había bajado del autocar y si lo había hecho por su propio pie, pero la buena mujer todavía no se había repuesto del susto y nada dijo que confirmara una u otra versión. No recordaba —habían pasado ya un par de semanas— cómo y cuándo había llegado al apeadero que la compañía de transporte de pasajeros tiene allí, en las inmediaciones de la carretera, pero sí en cambio haberse mojado inoportunamente los zapatos y las medias cuando alguien abrió la puerta del autocar. Dijo también, lo recuerdo muy bien, que su hija la esperaba en la pequeña aldea, en La Guingueta, y que se fueron juntas andando hacia su casa, la casa de la hija. Poca cosa más logró sonsacarle. En cualquier caso, conocía a Cipriano desde el treinta y cinco, los había presentado una amiga común durante una fiesta, una verbena en Sort, y desde entonces, mejor dicho, después de la guerra, habían coincidido en ocasiones en festejos en la comarca estando ella casada y siendo su marido el dueño de un bar. Se desplazaba a menudo desde La

Pobla y puede decirse que ella y Cipriano tenían una buena relación. Le pregunté también a Ildefons Cornet, que viajaba a Arties junto a su hijo Pau para reincorporarse a su trabajo en la industria maderera. Rialp era su destino, porque muy cerca de allí se talan árboles y se explotan los bosques, los que se utilizan para el teléfono y el telégrafo. El señor Cornet se dio un buen golpe en la cabeza contra el marco de la ventanilla y perdió el conocimiento. Lo perdió y no lo encuentra, debido a que, si se ha perdido, no puede conocerse la circunstancia causal, el motivo o motivos del extravío, y sin estos hay huecos de memoria imposibles de llenar; ahí no funcionan los parches de asfalto que el Ministerio de Obras Públicas pone a disposición de los olvidadizos para que tengan bien presente que viajar en autocar no es un premio sino el destino del hombre corriente: baches y más baches con los que se pone a prueba la suspensión de automóviles viejos que han de servir aún muchos años. El niño está ahora con su madre, pero Ildefons lleva todavía un aparatoso vendaje en la cabeza del que sólo asoma un rostro muy serio que, poco amigo de bromas y comentarios impertinentes, persiste en la idea de que hay retratos y paisajes, cosas bien distintas, inconfundibles ambos géneros, y que si bien no tiene en mente lo del puente sí en cambio recuerda la cara que se le quedó a Cipriano al gritar, realmente alterado, que había un burro en medio de la carretera.

No obstante la poca información veraz aportada por aquel padre de familia que se iba al bosque a cortar leños, postes que sirven luego para transportar palabras y expresiones de boca en boca, aunque quien habla o escucha quede lejos y se le pierda de vista, no obstante, repito, no quisiera pasar por

alto un detalle significativo de mi conversación con Ildefons. Surgió de repente. Llevábamos un buen rato departiendo en un café él y yo cuando empecé a darle vueltas a la última imagen de Cipriano, la que describía mi interlocutor, esa que como un mechero en el bolsillo se palpa y se toma en consideración cuando menos se la necesita: ¿cómo pudo verle la cara al chófer del autocar si iba sentado dos filas de asientos más atrás, pegado a la ventanilla?: «Sabrá usted que el conductor de un autocar tiene encima del volante un espejo por el que observa a los pasajeros —respondió luego de permanecer un momento en silencio, quizá para valorar a conciencia una posible respuesta—. Es a través de ese espejo como se entera de que todo marcha sobre ruedas en el interior del vehículo, pese a que hay ruedas que parecen ir sentadas, y hasta algunas sin billete... Pues a través de ese espejo le vi la cara al chófer; cara de susto, desde luego. Pregunte al señor Petit, viajaba en un asiento al otro lado del pasillo, detrás del conductor, es ingeniero en la ENER y él sabrá argumentar mejor que yo sobre la interpretación de ciertas muecas a distancia».

No había caído en la cuenta. Un tercer espejo irrumpe ahora en la tragedia por la puerta de atrás. ¿Será esa distancia la que me hace pensar en un funesto final de trayecto para el MAN, su conductor y los pasajeros? Además, ¿qué distancia? Porque doy por sentado que no es la del asiento. Quizá ese espejo, al estar enfocado a los amplios ventanales de la trasera del vehículo, fuera una puerta al pasado, un coloquial: ¡ya he pasado por aquí!, que al abandonar el paisaje por entre las cortinillas, al final del pasillo, entre los asientos, nos reconcilia con el tiempo transcurrido y a su vez supone una

liberación para todos, la sensación de haber cumplido con el aburrido trámite de no adelantarnos a los acontecimientos; de no hacerlo, no sólo porque es imposible, sino porque esa eventualidad no va incluida en el sueldo de chófer, y porque en la parte delantera no hay espejo sino el cristal del parabrisas, con las correspondientes escobillas para limpiarlo en caso de lluvia. De todos modos, no era una novedad. Mientras escribe, el autor tiene siempre la posibilidad de volver atrás para leer lo que lleva escrito hasta el momento, la posibilidad y casi la obligación; en ese aspecto, su trabajo se parece mucho al de la Guardia Civil cuando informa, a través de pertinentes atestados, de todo lo ocurrido al documentar un accidente, de todo aquello que se adelantó como hipótesis de manera provisional pero que al término de la investigación se convierte en certeza para ser ya un axioma que, imitando a la geometría, hace abstracción de lo subjetivo y se centra en medidas, daños y desperfectos.

Modesto tiritaba de frío mientras se asomaba a la barandilla del puente para enterarse del alcance del accidente. Iba en camisa, y un tiempo desapacible aconsejaba echarse un suéter por encima para no coger un resfriado. Había dejado el Chevrolet a unos cincuenta metros del puente, amorrado a unas rocas sobre el arcén, y aunque no sabía qué hacer fue en busca de la prenda a la carrera, sin perder tiempo. Estaba solo, desconcertado, y su primer impulso fue permanecer en la carretera por si se acercaba algún vehículo y ver así, juntos y en colaboración, cómo podían ayudar, socorrer a las víctimas. En cambio, si era él quien se acercaba al autocar, por ejemplo, nadie se enteraría de lo sucedido y poco podría hacer para auxiliar a sus ocupantes. Indeciso, escudriñaba la ca-

rretera utilizando el más clásico de los estilos, con la palma de la mano derecha sobre las cejas, a modo de visera, y sujetando la barandilla del puente con la izquierda. También los oídos permanecían atentos, pero a distancia, por si el socorro llegara con retraso y el zumbido de un motor lo anunciara con tiempo. Milagrosamente, el ómnibus no había volcado porque, volando sobre el agua, se había incrustado en la pendiente de barro de la otra orilla, y sólo la parte trasera del autocar estaba sumergida, aunque no del todo. Allí, el agua llegaba al nivel de las ventanillas y, por fortuna, seguía en reposo alrededor del vehículo: un espectador más, pero al que no alteran los sobresaltos. Se abrió la puerta delantera. Se oyeron gritos. Desde esa puerta uno de los pasajeros se desgañitaba pidiendo ayuda; al parecer, Cipriano estaba herido de consideración y parecía urgente sacarlo del autocar. Lo arrastraron entre dos y lo tendieron en el suelo asegurándose de que estuviera seco, sin barro que incomodara al infortunado conductor en momentos tan poco reconfortantes.

Iba de camino a Espot cuando crucé el puente por primera vez. A las cinco de la tarde me esperaba Modesto en el hotel Seurat y no quería llegar tarde a la cita, porque lo sabía muy ocupado. Me había costado mucho contactar con él. Al principio nadie sabía de qué hablaba y sólo por casualidad, al despedirme de Herminia y mencionar una rubia Chevrolet de color marrón oscuro y con el clásico carenado de madera, tras repetir una y otra vez, a lo largo de la conversación, que aquel y no otro era el turismo implicado en el accidente —la pobre señora reaccionó como si no supiera de qué hablaba—, mencionó que un vehículo parecido circulaba a menudo por

La Guingueta y que debía de tratarse, a su parecer, de un coche propiedad del hotel al que me he referido hace un momento. Llamé varias veces al establecimiento sin que nadie acertara a relacionar la rubia con accidente alguno. Sí era cierto que el hotel utilizaba un coche de las mismas características que yo describía, y que el conductor solía ser Modesto, el chófer oficial del hotel encargado de recoger a los clientes que llegaban a La Guingueta en el ómnibus de línea, el que va de La Pobla a Viella y para en todos los pueblos; en ocasiones se acercaba incluso a La Pobla para traer y llevar al personal que se hospedaba en Espot. Pero Modesto no estaba nunca en el pueblo y cada vez que llamaba era en balde. Por fin concerté con él una cita por teléfono y fue de camino al hotel cuando, al pasar por el puente, aparqué el coche lo mejor que pude en la cuneta para echar un vistazo al lugar de los hechos. No habían pasado ni quince días del percance pero pude comprobar, repasando palmo a palmo el pretil, que la barandilla de piedra estaba intacta, sin huella alguna que pudiera relacionarse con un accidente reciente.

Modesto resultó ser un tipo encantador. Charlamos animadamente en el jardín que está frente al hotel y que le sirve de acceso, primero sobre el soberbio paisaje pirenaico que rodea al pueblo de Espot, de su clima en particular y del atractivo de ciertos picos que se alzan en las inmediaciones de difícil y arriesgada ascensión. Pero ya sin más preámbulos abordé el asunto de su trabajo, de sus ocupaciones como chófer para todo al servicio de aquel hotel de montaña que, como todos los años, se abría al público desde la primavera hasta el otoño. Sentados en sencillas sillas plegables de madera, bajo un cielo que amenazaba tormenta, mientras tomábamos un

buen café entre un nutrido grupo de jóvenes manzanos, no muy altos todavía, Modesto me contó la historia de su dedicación al motor. Es un hombre de mediana edad, pero su experiencia como conductor de todo tipo de vehículos le venía de antiguo; al parecer, también era un experto mecánico y, toda vez que en el pueblo no existe taller alguno dedicado a la reparación de automóviles, él mismo se encargaba del mantenimiento de la rubia Chevrolet. El coche, en perfecto estado pese a ser de segunda mano, estaba en aquel momento estacionado en la calle, en la misma puerta de acceso a la explanada, mitad parque mitad terraza, y mientras seguíamos conversando nos acercamos a él para admirar ese tipo peculiar de coche de familia americano, un Fleetmaster Woody.

No quise hacerle perder tiempo y le conté sin más dilación, con todo lujo de detalles, lo que yo sabía sobre lo ocurrido en el puente del atolladero a pocos kilómetros de La Guingueta. La noticia le caía del cielo. Su cara, muy expresiva, no ocultó ni por un momento la extrañeza que le causaban mis palabras mientras le contaba ciertos detalles que involucraban en aquellos acontecimientos a la rubia que teníamos delante, un suceso que parecía dramático a juzgar por sus consecuencias: «¿Qué día dice usted que ocurrió el accidente?». «El martes 16 de mayo, sobre las ocho y media.» «No, no lo recuerdo con exactitud..., pero los martes..., con frecuencia los martes bajo a La Pobla para ir a la bodega a reponer existencias: vinos y espumosos en particular. Se agotan rápidamente..., ya sabe, en vacaciones los clientes beben mucho. Pero ahora que lo pienso..., ese martes era muy pronto cuando subí al hotel, me esperaba el patrón para que lo acercara a Viella..., y sí, iba muy deprisa, aunque el coche no da para

más, no está hecho para correr sino para llevar a familias enteras..., y vinos, desde luego.»

En resumen; Modesto no se había enterado de nada, no había visto nada. No sabía qué pensar. Volví a Barcelona y me puse a revisar mis notas manuscritas detenidamente, no quería inventarme la historia y sí documentar con exactitud lo ocurrido aquella mañana de primavera en la carretera que lleva a la Vall d' Aran atravesando el Port de la Bonaigua. Mirando el mar desde mi terraza en la Barceloneta, tuve la impresión de que no había calculado bien el caudal del embalse, me pasé de largo al abordar la cuestión del nivel de agua en la cola del pantano y así era imposible mojarse los pies. El deshielo primaveral es progresivo, pausado, y no llega a las cotas previstas por los ingenieros hasta bien entrado el verano. Indudablemente, el asunto era técnico y, siendo así, el reflejo que había descrito, en el que Cipriano tropieza con un rostro suyo que desconoce, cuando en su caída desde el puente el autocar alcanzó la vertical para sumergirse en el agua de cabeza, como cualquier buen nadador, no tenía explicación alguna por más que al leerlo otra vez —lo repetí más de una— me pareciera convincente la descripción, muy creíble y digna de haber ocurrido en aquel mismo lugar, ese mismo día; la hora era lo de menos, pues no necesariamente Modesto tenía razón, no era preciso precisamente. La verdad estaba en mis manos pero se perdía, se me escapaba en los detalles, minucias que apenas deberían inquietar a un buen escritor, pues la fidelidad es un vicio que no hay que repetir asiduamente si se quiere ser fiel a uno mismo, respetando naturalmente un juego de espejos que tiene su origen en las palabras.